

*Una mirada a los sonidos del logos.  
Notas para Enrique Hülsz*

*A Look to the Sounds of Logos.  
Notes for Enrique Hülsz*

**Crescenciano Grave**

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

*Esta lúcida conciencia  
de amar a lo nunca visto  
y de esperar lo imprevisto;  
este caer sin llegar  
es la angustia de pensar  
que puesto que muero existo.  
—Xavier Villaurrutia*

Tal vez nunca podamos formular del todo las razones por las cuales uno elige a los autores filosóficos que, más allá del lugar que sus libros ocupan en nuestra biblioteca, se convierten en cómplices de pensamiento y de vida, o, para decirlo de un modo menos unívoco: quizá nunca desentrañemos los impulsos que nos llevan a responder y a decidirnos al designio que, con sus obras mismas, parecen hacernos los autores que nos eligen. En cualquier caso, lo que sí podemos hacer es intentar comunicar en la escritura lo que, apropiado en la soledad y en el silencio del trance en que nos sume la lectura filosófica, ha inseminado nuestra mente. En este sentido, todo comentario a una obra filosófica es un poner a prueba nuestra propia capacidad para formar eso mismo que nos ha fecundado. Desde aquí, podemos sostener que Enrique Hülsz nos ha legado un comentario ejemplar del pensamiento de Heráclito.

Heráclito, con los restos de un libro cuyos fragmentos perdidos no aminoran para nada la relevancia de los conservados, ha tocado de manera diversa a pensadores de indudable grandeza y cuyas propuestas teóricas se orientan hacia direcciones encontradas. Así, en la antigüedad clásica fue comentado con reservas críticas

por Platón y Aristóteles y, en la modernidad, fue reivindicado tanto por Hegel como por Nietzsche. El autor de la *Fenomenología del espíritu*, en su historia de la filosofía, no duda en revelar el más lejano antecedente de su sistema: “Divisamos, por fin, tierra; no hay, en Heráclito, una sola proposición que nosotros no hayamos procurado recoger en nuestra *Lógica*” (Hegel, 1979: 258). En cambio, el solitario de Éfeso fue admirado, por afinidad electiva en el *ethos* del filósofo, por Nietzsche: “Heráclito era orgulloso, y cuando a un filósofo le da por ser orgulloso, se trata de un orgullo muy grande. Jamás dirigió su actividad a un «público», al aplauso de las masas o al coro entusiasta de sus contemporáneos. Andar a solas por el camino pertenece a la esencia del filósofo” (Nietzsche, 2005: 72). La confesión de Hegel y la descripción de Nietzsche nos dicen tanto sobre Heráclito como sobre sí mismos.

Del libro de Heráclito —depositado por su autor en un templo dedicado a la diosa Artemis— nos quedan fragmentos que, sin olvidar la sentencia de Anaximandro, constituyen la primera prosa que resguarda los restos —y la memoria— de la experiencia hecha pensamiento. Atendiendo lo que estos fragmentos nos dicen ahora a nosotros, Hülsz se propone interpretar, esto es, darnos una versión del pensamiento de Heráclito.<sup>1</sup> Esta versión es una verdadera re-creación: el cultivo de su vocación filosófica se afina sabiendo escuchar el *lógos* que, venido desde lejos, permanece alojado en las palabras, palabras de las que hay experimentar su sonoridad en el silencio de la lectura para hacer resonar su interpretación en la escritura. “Lo primero es que Heráclito se haga oír. De ello depende que lleguemos a escucharlo realmente. [...] El conjunto de los fragmentos contiene pues, lo más cercano que podemos tener al origen de la filosofía en su propia voz” (Hülsz, 2011: 15). La escucha se avoca a descifrar las señas arcaicas de un pensador en el que la filosofía, a la vez que patentiza irrevocablemente su derecho a existir, se presenta albergando en su propio lenguaje la celebración de sus grandes misterios en referencia a la naturaleza, los dioses y los hombres y, por supuesto, en relación al enigma del lenguaje mismo.

El ensayo de Hülsz sobre Heráclito se borda en distintas capas y, en el conjunto que forman, cada una proyecta sus límites y estos, a su vez, no son muros que repelen el intercambio entre sus distintos territorios, sino verdaderas fronteras que fomentan la comunicación sosteniendo la estructura del todo. En primer lugar, se

<sup>1</sup> Nos gustaría pensar que, en su fuero interno, Enrique Hülsz concebía a ésta su versión filosófica a imagen y semejanza de una buena interpretación suya de una pieza musical de blues o de rock clásico. Dicho esto sin menoscabo de las exigencias que tanto una como otra interpretación plantean para sus respectivas vocaciones. Él fue un filósofo que cultivó la música.

encuentra la capa erudita que, alejando de sí los vicios del tedio y de lo ininteligible, permite que en ella fluya la claridad y la crítica: por un lado, se ponderan y se examinan las fuentes antiguas y, por otro, se discute con algunos de los estudiosos actuales más destacados de la “heraclitología”.<sup>2</sup> Colindando con esta capa y prolongando algunos de sus hilos, en segundo lugar aparece la veta filológica en la que Hülsz, sin dejar de respetar la autoridad de esta ciencia, se atreve a respaldar suposiciones —en el mejor sentido del término— sobre tal o cual palabra y, sin abandonar la prudencia, investigar desde las posibles variantes los distintos resultados. Sustentándose en la erudición y en el análisis filológico, se despliega, en tercer lugar, la capa filosófica como una propuesta hermenéutica y ensayística, es decir, se interpreta una atenta escucha de lo que se lee y se expone una clara escritura de lo que se piensa y en su reunión reflexiva se manifiesta la actitud inquisitiva que, de acuerdo con Hülsz, caracteriza a la filosofía.

El resultado de estos distintos niveles que construyen y organizan el texto muestran al *Heráclito* de Hülsz como una obra de filosofía en donde esta se concibe nutrida y, a la vez, productora de cuestionamientos, ya que es en estos donde se transparenta su vocación que, transformando el asombro en interrogación, se dirige al principio, que origina y rige a todo, para dar razón de él y, en esta acometida, la filosofía se convalida dando cuenta autoconsciente de sí misma.

Es decir, que la filosofía no sólo nace de la pregunta, sino que también la promueve. La filosofía es pensamiento que da razón del ser, y esa razón que ella da sólo puede poseerse preguntando. [...] Por razón de su estructura, la empresa de dar razón de todo obliga a la filosofía a dar razón de sí misma. Filosofía es la forma de pensar que, desde el principio y por razones de principio, sabe de sí misma. La filosofía es vocación de la razón que sabe de sí: la plena autoconsciencia del pensamiento. (Hülsz, 2011: 25)

Esta autoconsciencia no sustancializa el pensamiento filosófico; lo hunde y a la vez lo deriva de una *physis* de cuya unidad oculta se escinde una multiplicidad real. La naturaleza que ama esconderse y la multiplicidad real que surge de conformidad con el *lógos*, constituyen aquello que la filosofía discierne dando cuenta de ella misma.

La armonía del texto de Hülsz se compone como un osado y audaz juego especular que tiene como fin último proponer y, por tanto, recrear la estructura del libro de Heráclito a partir de los fragmentos que se han conservado. El arrojo de esta acometida parte del reconocimiento de que la prosa de Heráclito se construyó

<sup>2</sup> Término acuñado por Enrique Hülsz.

como una alternativa a la forma poética en que se transmitió la sabiduría tradicional cuyo contenido fue combatido por el pensador de Éfeso y, a la vez, de la constatación de que esa primera forma de escritura filosófica puede leerse como la depositaria de una experiencia del pensamiento cuya expresión se acerca venturosamente a la potencia enigmática de la poesía. “No deja de ser paradójico y fascinante que esa prosa de Heráclito nos resulte hoy tan desconcertantemente cercana a la poesía” (Hülsz, 2011: 32).

La consideración de la prosa de Heráclito como ambigua y hasta impenetrable —características que llevaron a Cicerón a apodarlo *El Oscuro*— se remonta al menos hasta Sócrates, según cuenta Diógenes Laercio: “Dicen que, habiéndole dado a leer Eurípides un escrito de Heráclito, como le preguntase qué le parecía, respondió: «Lo que he entendido es muy bueno, y juzgo lo será también lo que no he entendido; pero necesita un nadador delio»” (Diógenes Laercio, 2002: 76-77). Como un ágil buceador oriundo, ya no de Delos, sino de estas tierras donde también, a veces, habitan los dioses, Hülsz se aventuró a sondear las profundidades de Heráclito y éstas, nos dice, son ambiguas pero no necesariamente oscuras.

A manera de ejemplo tenemos un momento de su confrontación con el fragmento B93: Apolo “ni dice, ni oculta, sino hace señales”, en donde examina la opinión de que este fragmento sería una caracterización de la propia “intención expresiva de Heráclito” (Hülsz, 2011: 32). Hülsz no descarta del todo esta opinión, sin embargo, subraya que “la plenitud y complejidad de significado” que satura la prosa de Heráclito, son ellas mismas indicios de “la dialéctica de la ocultación y la revelación, la sombra y la luz” que penetran en la esencia de la *physis* que, como “la unidad e identidad de los contrarios” se recoge y se expresa “en el horizonte del *lógos*” (2011). En la conexión del decir sin revelarlo todo, del no ocultar sin callar, se piensa la *physis* misma expresándose en el grandioso estilo de Heráclito que, dice Hülsz, es “a través de sus variaciones, un estilo en esencia unitario, que reproduce (o quiere reproducir) esa naturaleza de las cosas mismas: no se trata de una elección expresiva contingente entre distintos modos igualmente posibles de representar la realidad, sino del intento esforzado de satisfacer las exigencias de la propia realidad, que Heráclito mira como armonía” (2011). Así, en la versión del pensamiento de Heráclito que se nos propone hay una ardua labor que se esmera por replicar esa armonía que se señala en la realidad y se expresa en el *lógos* del filósofo.

Decía Nietzsche que “la filosofía comienza con una legislación de la grandeza, el acto de nombrar y designar es inseparable de ella” (Nietzsche, 2005: 49), y la grandeza de Heráclito consiste en haber podido nombrar la realidad fundamental como una que, en devenir, escinde al todo en contrarios que a la vez tienden a la reunificación conformando así todo a la medida de la justicia eterna. Por su parte,

Hülsz dice que lo uno es “denominado diversamente: la pluralidad nominal es signo de unidad, la diversidad categorial expresa la mismidad de lo que es” (Hülsz, 2011: 67). Esta unidad idéntica de lo múltiple y diferente es también la razón por la cual los distintos temas que aparecen en los fragmentos de Heráclito —el *lógos*, la *physis*, el *kosmos*, el fuego, la armonía de los contrarios, el alma humana— son concebidos por Hülsz conteniéndose unos en otros “en este sentido, cada uno de ellos es un espejo fiel del conjunto” (2011). Y en el tratamiento de cada uno de estos temas como un particular universal, Hülsz consigue permanecer leal a la vocación filosófica, tal y como fue definida por su maestro Eduardo Nicol, esto es, como una *sophía* cuya peculiaridad es la verdad entendida como una representación fiel de la realidad.

Quiero decir que es la unidad de lo real la que impone la unidad del pensamiento, debido a que éste pretende, por exigencia del principio vocacional, hacer presa de aquella. En tal sentido, filosofar es unificar, pero no porque confiera a lo real una unidad y una racionalidad producidas por el mero pensamiento, sino porque filosofar es siempre un esfuerzo del pensamiento por captar y expresar la unidad y el orden propios de la realidad en sí misma. (Hülsz, 2011: 67)

Más allá de lo que, para algunos, pueda parecer una vana pretensión, este es me parece el significado que orienta el propósito de Hülsz por recrear la estructura del libro de Heráclito. La minuciosidad casi obsesiva con la que cuida el detalle; el rigor en la lectura, que para él no estaba dissociada de la escucha; la creatividad en la interpretación y el respeto por el diálogo, así como la clara libertad en la escritura de su ensayo, son algunas características de su tratamiento reflexivo de los fragmentos de Heráclito, características a través de las cuales Enrique Hülsz nos presenta su propio talante, su propio *ethos* filosófico.

**Bibliografía**

- DIÓGENES LAERCIO. (2002). *Vidas de los más ilustres filósofos griegos I* (José Ortiz y Sainz, Trad.). Barcelona: Folio.
- HEGEL, G. W. F. (1979). *Lecciones sobre la historia de la filosofía I* (Wenceslao Roces, Trad.). México: FCE.
- HÜLSZ PICCONE, Enrique. (2011). *Lógos. Heráclito y los orígenes de la filosofía*. México: Universidad Nacional Autónoma de México; Facultad de Filosofía y Letras.
- NIETZSCHE, Friedrich. (2005). *La filosofía en la época trágica de los griegos* (Luis Fernando Moreno Claros, Trad.). Madrid: Valdemar.